

# DE LA RAZÓN

PERIÓDICO LITERARIO

Setiembre 3 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 5.

## LOS AMORES DE MARTA

POR  
CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE  
CAPÍTULO QUINTO

CÓMO CUMPLIÓ EL DOCTOR NUGUÉS SU MISIÓN FACULTATIVA

POs días despues de la llegada de Marta á la Estancia de «Las Alamedas», la nueva faz de su convalecencia estaba claramente pronunciada.—Por la mañana, en la cama, habia tomado con gusto el alimento; y á las dos de la tarde, animosamente sentada en la galeria del comedor, devoró la mitad de un pollito asado, haciendo crugir entre sus dientes, los cartilagos del ave, chupándose los dedos enseguida para no desperdiciar el jugo de su carne dorada. Doña Emilia y don Francisco la contemplaban enternecidos; y no pudieron reprimir el llanto cuando Marta, agotada la racion, exclamó sonriendo:—Me comeria de buena gana la otra mitad del pollito!

Cantaba la cigarra en el jardin, misteriosamente asociada á la dulce embriaguez de los abuelos de Marta.—El Dr. Nugués, echando á la espalda su insensible descreimiento, se decia á sí mismo: «Un Rodolfo De Siani deberia presenciar esta escena.»

Desde ese dia, el apetito de Marta asumió proporciones extraordinarias.—Era una locomotora á cuya marcha apenas podia poner freno la suma prudencia del Dr. Nugués, que se restregaba las manos al ver realizados tan pronto sus pronósticos. Los resultados no se hicieron esperar.—Marta recobró la alegria, el movimiento, la inquietud de la vida juvenil. Doña Emilia aseguraba que, observándola dormida, se la veia materialmente engordar; y á fé que necesitaba trabajar noche y dia el organismo de la niña, en fabricarse sangre, músculos y tejidos, para llenar cumplidamente la armazon huesosa que se habia en todos sentidos estirado durante la larga enfermedad.—Merced á ese trabajo, se redondeaban sus formas; se coloreaban sus mejillas y sus labios; resplandecian sus miradas; tomaba alas de fuego su existencia.

En pocos dias más no necesitó Marta el apoyo de D. Francisco ó del Dr. Nugués para recorrer la casa y el jardin; y todo lo andaba, alegre, saltarina, como un pájaro escapado de la jaula. Fué menester tasarle el ejercicio, como se le tasaba el alimento. Los abuelos habian cobrado horror á los libros y escondian todos los que habia en la casa. Venian diarios de Buenos Aires, y se los entregaban sigilosamente al Dr. Nugués, que los leía á hurtadillas. Para imponer á Marta un poco de reposo, el jóven médico quemaba hasta el último cartucho de su galanteria, sentándose á su lado, haciéndola reir con las eternas muecas de su espíritu burlon y travieso, ó refrescando la imaginacion de aquella jóven por demás aficionada á los romances fantásticos con reminiscencias de las más amables páginas de Dickens. Ocurria

esto durante el centro del dia; á la tarde, salian á pasear en landó, tirado por cuatro caballos, guiados á la Daurmont por jockeys de govro punzó, y enjaezados con arreos de fantasia salpicados de sonoros cascabeles. Doña Emilia y Marta ocupaban los asientos de atrás; D. Francisco y el doctor Nugués iban adelante.—Jorge, el mayordomo, los acompañaba galantemente á caballo, en prevision de cualquier accidente, guardando siempre una distancia.—Aún en aquellas ocasiones, no obstante las restricciones que impone una conversacion con personas de edad avanzada, el Dr. Nugués daba rienda suelta á las originalidades de su ingenio:

—Nuestros paseos, decia una tarde, son monótonos como las planicies que recorremos. El paisaje es de una pobreza desesperante.—Todos los esfuerzos de la Sociedad Rural no lograrán cambiar la naturaleza del suelo ni su aspecto, pues no se forman vistas pintorescas con millares de animales finos, diseminados sobre una bandeja de pasto... Nada es bello en esta ganaderia progresista;—la oveja modelada por la seleccion industrial me parece un animal deforme, y solo hay un instante en que mi imaginacion se reconcilia con ella: es al caer de la tarde, cuando marchan á sus rediles bajo nubes de polvo, y entre millares de balidos se distingue el de las madres que buscan y llaman á sus corderillos perdidos en la confusion del tropel.—Las vacas, aunque sean de raza Durham, no despiertan en mi sensaciones estéticas; los toros son hermosos, pero se desconceptúan por el aire poltron que les dá el hábito ó la herencia del establo. El caballo de carrera es invencion inglesa, y está por consiguiente divorciado de la gracia fisica.—Todavía los normandos y frisonos evocan una soberbia idea de la fuerza; pero, en su civilizada mansedumbre, cuán lejos están de aquellas manadas criollas, que el pastor, erguido y receloso, acercaba á reconocer al viajero, al pasante, y alejaba despues al compás de sus salvajes relinchos!

Marta se divertia mucho con las estravagancias del Dr. Nugués.—A la noche, mientras él y don Francisco disputaban una partida de billar, ella jugueteaba en el piano, con doña Emilia al lado.—Despues, se reunian todos á jugar al dominó ó al besigue; pero las partidas de cuatro no eran del agrado de la niña, y siempre concluia la noche jugando ella mano á mano con el doctor Nugués.

Tenian ya cierta intimidad amistosa.—Paseaban juntos por el jardin, y avanzaban á menudo por las grandes avenidas de la quinta, ó se sentaban en un banco rústico á la dulce sombra de una palma.—Cierta vez,—era una mañana deliciosa!—entraron á la capilla.—Pequeña y modesta, bajo su blanca bóveda de estuco; un solo altar, sin más imájen que la del Crucificado, ni más adornos ó adimniculos que los indispensables para el culto; un coro y un púlpito, con exterior de madera oscura, como el mismo altar; guarnecidos los estucados muros con algunos cuadros al óleo, representando escenas religiosas; varias hileras de sillas y oratorios de caoba, sobre un piso de baldosas de mármol, blancas y negras, diagonalmente colocadas en direccion al Cristo;—ventanas ogivales, abiertas al pié de la bóveda, tamizando y esmaltando con luz profusa el sagrado recinto—tal era la capilla de «Las

**Alamedas.** El Dr. Nugués, despues de observar todo aquello con placer, exclamó:

—Perfectamentel En la religion católica, los templos privados son casi siempre más sérios y más respetables que los templos públicos. En ellos, no pueden las supersticiones del vulgo ir acumulando fetiches, colgajos, manadas de sobremesa, caprichos y parasitismos de la moda.

—Ah! sí, replicó Marta, pero aquí hay demasiada desnudez.— Como hace tanto que no venimos á la estancia!—Abuelita dice que ahora se vá á ocupar de adornar y embellecer la capilla.

—Pues lo siento!—Veo amenazado á este pobre de una invasion de vírgenes con vestido de cola, de santas con peinados de pluperia, y de floreros dorados con flores de trapo!

—Le prohibo que me hable mal de la religion, contestó Marta;— vamos; Vd. es un hereje; no quiero que vuelva á poner los piés aquí.

Y salieron; pero apenas traspasado el umbral, Marta se detuve, se dió vuelta, y tomándola con su mano izquierda la mano derecha del Dr. Nugués, dijo sonriendo:

—Usted está vestido de negro, con frac, corbata blanca, guantes blancos, y yo de blanco tambien, con un velo inmenso, con azahares en la cabeza y por todo el traje.... Hemos venido á casarnos en la capilla de las Alamedas!

—Oh! señorita, contestó el Dr. Nugués; yo soy muy feo, y un poco viejo para casarme con Vd!

Marta soltó entonces una carcajada melodiosa, que resonó como risa de ángeles en la bóveda de la capilla, y se alejó corriendo, mientras al Dr. Nugués, sin saber porqué, se le cruzaba por delante la imágen de Rodolfo De Siani.

Aquel mismo día, en la tarde, tuvo ocasion de oír hablar de él. Yendo todos de paseo en el landó, dijo don Francisco:

—Pero hombre! se me habia olvidado decirles que poco antes de salir recibí una afectuosa carta de mi sobrino Rodolfo. Dorotea está bien.—El se ha decidido, al fin, á irse á los Estados Unidos, en calidad de *attaché*.—Mañana se embarca y me encarga que lo despida de ustedes con muchísimo cariño.... Tambien tiene recuerdos para V., doctor Nugués.

—Cumplido caballero! exclamó el doctor.

Marta se encojió de hombros. Doña Emilia agradeció la despedida con estas palabras benévolas:

—Quiera Dios que viajando se le asiente el juicio!

En las intimidades de Marta y el Dr. Nugués, ella se complacia en interrogar á su amigo sobre mil detalles biográficos, y él se deleitaba al referirlos con la gracia que le era peculiar.—Tenia el Dr. Nugués á orgullo ser *self made man*.—Habia salido de su provincia para estudiar en Buenos Aires, con una corta pension que le pasaban sus padres. Estos murieron, cuando él era muy jóven todavía; quedó sin proteccion, sin relaciones, oscuro, en el torbellino de la gran ciudad.—Contaba burlescamente sus dificultades y penurias de estudiante; su peregrinacion por la crónica de todos los periódicos; sus primeros éxitos literarios, sus primeras ambiciones,—sus propias dudas ante la incertidumbre de su porvenir, ahora brillante y despejado.—Un día, Marta abordó con resolucion temas biográficos más escabrosos que la vida del estudiante y el aprendizaje del literato.

—¿Qué tiempo hace que V. es viudo?—preguntó.

—Siete años, respondió el Dr. Nugués, con un gesto de alivio moral.

—Se casaría V. muy jóven.

—Tenia veinte años cuando hice esa locura.

—¿Y cuánto le vivió su mujer?

—Cinco.

—¿Fueron muy felices?

—Señorita:—la generalidad de los matrimonios son como la Divina Comedia; pero en orden inverso de las partes. Comienzan por el Paraíso, siguen por el Purgatorio y concluyen en el Infierno....

—¿Y así fué su matrimonio?

—No, señorita; el mio ha sido una escepcion. Empezó por la tercera parte. Fué siempre inferno!

—¿No era entonces bonita su mujer?

—Recuerde V., señorita, que hay bellezas infernales.... pero mi pobre mujer, que Dios guarde en santa paz, pues bien la necesita quien vivió en perpétua guerra, no pertenecía á ese número. Era fea, era algo mayor que yo; no habia inventado la pólvora, mas si todas las formas imaginables de los celos!

—Tampoco era rica, murmuró Marta, que tenia noticias de aquella parte de la vida del Dr. Nugués.

—Ciertamente que no lo era, exclamó éste.

—¿Y porqué hizo usted un casamiento tan raro?

—Hé ahí una pregunta que me pone en compromiso. Hoy, yo mismo no me lo esplico del todo.—La que fué mi mujer era hija de la señora en cuya casa vivía yo como pensionista. Me tomó cariño.—Me cuidaba como á un hermano ó como á un hijo.—Comprendí que queria casarse conmigo. Un buen día me pareció que no habia inconveniente en que fuésemos á la parroquia, para casarnos, y fuimos, y nos casamos. Entonces, yo todavia creia en la lógica y me decia á mi mismo: si esta mujer es tan buena conmigo sin casarse, casándose, ha de ser angelical. Error! absurdo! El amor es fuente de deberes que se cumplen con placer, y el matrimonio fuente de derechos que se ejercen con imperio. Ay! cómo pretendia mi esposa ejercer los suyos! El mayor suplicio de un médico es tener una mujer celosa. Si pudiese contarle á usted ciertos detalles!—Vamós! Llegó á exigir la señora que me hiciese especialista en las enfermedades de hombres y no admitiese á las damas en mi clínica. Yo tenia la predileccion inversa. La muerte vino á dar el punto por suficientemente discutido. A no ser esa circunstancia, estaríamos aún en lo más vivo del debate!

Marta guardó silencio unos instantes. Despues dijo con aire indiferente:

—Teniendo tan triste idea del matrimonio, no pensará usted volver á casarse....

—*Ça dépend!* replicó el Dr. Nugués;— como compensacion del inferno permanente que me depararon mis primeras nupcias, necesitaria encontrar una mujer que me asegurase un eterno paraíso....

Nadie puede calcular cómo habria seguido este coloquio, si en aquel momento no hubiesen entrado á la sala don Francisco y doña Emilia, precisamente para hablar con el Dr. Nugués. Sucedia que el médico estaba desde dias atrás sosteniendo la inutilidad de su permanencia en la Estancia.

—V. gasta su plata sin objeto, le decia al señor Valdenegros; estoy haciendo de primo y no de médico;—para primo cuesto demasiado caro.

Don Francisco habia resistido de todas maneras á la partida del Dr. Nugués.

—V. comprenderá, le replicaba con ademan concluyente, que si Marta tiene una novedad cualquiera y nosotros nos encontramos solos....

Como transaccion, se habia acordado consultar el punto al médico de la ciudad, que recibia del Dr. Nugués informes diarios y minuciosos sobre el estado de Marta.—Don Francisco acababa de recibir la contestacion.—Triunfaba el Dr. Nugués;—podia ya regresar á Buenos Aires, siendo, sin embargo, conveniente que Marta prolongase su estadia en el campo.—Esto iban á notificarle los ancianos, pero don Francisco formulaba un pedido, en nombre de doña Emilia: que el Dr. Nugués demorase dos dias el viaje, para oír una misa con sermón, que diria en la capilla, haciéndose venir con ese objeto al famoso padre Jordan.

—Ah! respondió el Dr. Nugués, con una galante cortesia, que engañó á los ancianos;—yo puedo oír una misa, y cien misas más, ó cualquier otra cosa en una capilla católica, ó en una

mezquita judia, ó en una pagoda china. Yo no riño con ningun culto de la tierra; pero todos ellos tienen poco que esperar de mí. La misa entre Vds. será un espectáculo muy bonito. Yo haria en ella una especie de papel mefistofélico, y el Reverendo Padre se congratulará de mi ausencia.

Don Francisco se sintió algo vejado.—Marta habia quedado pensativa.

—No hay hombre completo!—exclamó doña Emilia; váyase, no más, hereje!—y el domingo vendrá el cura del pueblito á decir la misa que V. no quiere oír.

Esta nube pasó pronto. Quedó resuelto que el Dr. Nugués partiria en el primer tren del día siguiente, y á la noche todos estuvieron muy amables con él, que estuvo muy fino y muy espiritual con todos.—Hicieron tertulia en el corredor de la sala.—La luna, pálida y brillante como la copa de un antiguo zahumador de oro, iluminaba el jardín con tintes de aurora. Los abuelos estaban sentados en un sofá, el uno al lado del otro, como dos novios de cabeza empolvada. Marta y el Dr. Nugués se paseaban del brazo, conversando, riendo, deteniéndose de tiempo en tiempo á contemplar el paisaje, á respirar con fuerza, con el unison de un duo, las emanaciones aromáticas de la noche, á contemplar con embeleso el cielo, la luna, las estrellas... El Dr. Nugués se creia victima de sensaciones panteistas de un nuevo género... Marta sentia estremecimientos nerviosos que eran para ella misma un enigma.

Llegó la hora habitual de recojerse, y el Dr. Nugués, para despedirse amablemente de su restablecida compañera, la detuvo bajo la directa irradiacion de la celeste lámpara, diciéndole:

—Cuando vinimos, estaba V. flaca, descajada, amarilla, fea. Permítame ver bien cómo la dejo ahora!

Marta se puso muy derecha, muy seria, con los ojos fijos en el foco de la luz que la inundaba, para dejarse mirar por su médico. Vestia de blanco. Su corpiño era ligeramente abierto sobre el seno; un rayo de luna penetraba allí con curiosidad indiscreta, casi criminal.

—Oh! exclamó el Dr. Nugués despues de una atenta observacion, llevo la satisfaccion de dejarla buena, lozana, rozagante, admirablemente hermosa... Aun cuando V. no fuese heredera de los Valdenegros, encontraria novios á elegir en la sociedad, como hay flores á elegir en su jardín...

Marta soltó una de sus carcajadas meliodiosas, y don Francisco y doña Emilia que habian participado de la escena, participaron tambien de aquella galante hilaridad. Bajo estos auspicios tuvo lugar una despedida alegre y afectuosa.—Doña Emilia y Marta no debian ver más al viajero. Solo don Francisco madrugaria para acompañarlo.

Retiróse el Dr. Nugués á su aposento.—Se desnudó con mucha flema, pero al meterse en cama, murmuró:

—Si no fuese yo quien soy, concluiria por enamorarme de la chiquilina!

Tomó luego los diarios, que estaban sobre la mesa de noche; no encontró en ellos nada interesante y apagó la luz.—Desgraciadamente, hacia mucho calor y los mosquitos andaban alborotados como nunca.—Ellos y el Dr. Nugués estaban desvelados, y por la misma causa!

Habia quedado abierto un postigo de la ventana.—Penetraban en la alcoba resplandores de luna; los mosquitos creian ver el crepúsculo;—el Dr. Nugués creia estar todavia examinando á Marta...

Ah! el juicio que pronunciaba á solas era un poquito más severo que el que habia manifestado á la jóven... Desde luego, Marta... (lo está viendo el Dr. Nugués en aquellos rayos de luna) tiene la cara un poco chata y no suficientemente ovalada, la frente un tanto estrecha, las cejas demasiado acentuadas, los labios algo gruesos, y es, además de todo, muy morena... En cambio (sigue el Dr. Nugués viendo todo esto) háy en su tez jaspes aterciope-

lados de manzana madura, y en los vívidos colores de sus mejillas parece renovarse á cada instante una sangre pura, ardiente, con impulsos de sávia observada en el microscópio.... Su nariz es correcta y sus ojos brillan como dos carbones encendidos, entre largas pestañas de seda negra.... Abre su boca purpurina.... oh! el dulce más delicado de la Confiteria del Gas no despierta sensaciones tan golosas como aquellas dos hileras de dientes que parecen granos de arroz con leche.... ¿Y esos hoyuelos que se le forman cuando rie? Casi imperceptibles... pero producen vértigos!—Su cabellera renegrida, lacia, espesa, hace el efecto de una vegetacion lujuriente... El ritmo de su respiracion, seguido en las ondulaciones de su pecho, excesivo talvez, pero admirablemente delineado sobre el arco gentil de una cintura esbelta, seria digno de acompañar á Carlos Guido en la recitacion de Amira!

Todo esto vé, y examina, y disea, y comenta el Dr. Nugués, sin apartar la vista de aquellos rayos de luna; pero allí está únicamente la imájen de Marta... Ella misma... ¿dónde está? Un mismo techo los alberga... ¿Duerme ó está tambien desvelada?... Cruza zumbando un mosquito... El Dr. Nugués no puede defenderse de la tentacion de ser mosquito en aquellas altas horas de la noche... Volaria silenciosamente por las vastas habitaciones de la casa, dormida en las tinieblas... Llegaria hasta la puerta que guarda los púdicos misterios de la alcoba de Marta... Buscaria un resquicio para penetrar en el santuario... Entraria... Se posaria sobre las blancas cortinas de su lecho, y veria, oiria, si duerme ó está tambien desvelada... Esta veleidad de verse convertido en mosquito hace comprender al Dr. Nugués que se encuentra nuevamente bajo el imperio de sensaciones panteistas... Las desecha... Agólpense á su cabeza otras ideas... Podria llegar á ser esposo de Marta Valdenegros, dueño improvisado de una fortuna colosal... Si! es cierto;—no le seria difícil sorprender la candidez de Marta para recojer las primicias de su alma, ávida por conocer los cielos del amor, que presente, que adivina... Si!—pero—¿debe él convertir en aventura amorosa su mision profesional? ¿Debe darle á Rodolfo De-Siani el derecho de pensar que el Dr. Nugués le ha robado su plan, dándole otra forma? Largas horas de cavilacion insomne lo persuaden de que no debe pensar en la mano de Marta Valdenegros; su resolucion está hecha, pero, al fijarla, tiene cuidado de dejar impresa en sus lóbulos cerebrales la constancia de que no procede por virtud, ni por lealtad ni por delicadeza.—Sanciona y promulga que obedece únicamente al amor propio!

Quando el Sr. Valdenegros entró á despertar al Dr. Nugués, ya estaba el jóven en pié y pronto para marchar. Tomaron un ligero desayuno y montaron en el dog-car que debia conducirlos á la estacion del ferro-carril. Don Francisco no encontraba palabras suficientes para expresar su gratitud.—*Nuestro agradecimiento!*—era á cada paso el sujeto, el régimen directo ó el complemento espletivo de sus frases entrecortadas y efusivas. Solo la llegada del tren pudo poner término á tan calorosas expansiones.—El Dr. Nugués abrazó al anciano, y subió luego al wagon que llevaba menos pasajeros.—Antes de cuatro horas desembarcaba en la Estacion del Parque, y tomaba su cupé, cuyo cochero habia sido prevenido por telégrafo.

Giacomo, el hermano gemelo del jardinero de «Las Alamedas», recibió á su patron con manifestaciones de júbilo. Estaba en vena de conversacion, y so pretesto de entregarle al Dr. Nugués algunas tarjetas recibidas en su ausencia, entró á su cuarto y preguntó cómo habia quedado la *ragazza ammalata*.

—Buena y sana, como para ir á un baile, respondió el Dr. Nugués con cierto gesto evidentemente encargado de cortar el diálogo.

—*Mei complimenti!*—murmuró Giacomo, batiéndose en retirada.

Entre las tarjetas habia una que decia:

RODOLFO DE SIANI

P. P. C.

El Dr. Nugués la separó de las otras y la colocó entre el vidrio y el marco de uno de los cuadros de su estudio.

(Continuará.)

## CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

III

UN mes despues, los amores de Alberto y Cristina no eran un secreto para nadie. La sociedad, ávida siempre de novedades, apenas se ocupaba de ellos sino para fijar la fecha del casamiento: quien aseguraba que la ceremonia se efectuaría aquel mismo invierno, quien porfiaba que no se realizaria hasta comienzos del próximo año.

Cristina se habia transformado. Como menor de las cuatro hijas del señor Peña, habia vivido hasta sus veinte años rodeada de mimos y preferencias, que ella retribuía tratando por todos medios de hacer más dulce la ancianidad de sus padres, con esas gazmoñerías y arrumacos de que tanto se paga el cariño.

Habia sido la niña predilecta, gozando de todos los fueros que rodean á la hija de la vejez, que es como el último vinculo que ata á los padres á la vida, y concentran en él todas sus afecciones con la misma avidez con que el jornalero se encariña por la última moneda de su salario. Educada en un Colegio de Hermanas de Caridad, Cristina habia llegado á ser mujer sin darse cuenta de ello, entregada al cariño de sus padres y á las exaltaciones de un misticismo inocente, que ella traducía en frívolas prácticas devotas, más aparatosas que conscientes; algo que era en ella más una diversion que una devocion, entreteniéndose en acicalar las imágenes que decoraban las paredes de su alcoba, pequeño nido siempre perfumado y deslumbrante de blancura, que hacia á la vez de dormitorio y de santuario, y cuya entrada solo era permitida á una que otra de sus amigas predilectas.

Desde la noche del baile, Cristina empezó á hacer una vida más retraída dentro de su propia casa. Solo hacia sociedad en familia en las horas precisas del almuerzo y de la comida, y aún en esos momentos, permanecía abstraída, como si no quisiese distraer su pensamiento del recuerdo de Alberto. Retirada en su alcoba, permanecía allí horas tras horas, entregada á sus ensueños, con gran resentimiento de sus virgenes y santos para quienes no habia ya ni una sonrisa, ni una flor, ni uno de aquellos adornos con que ántes se complacia en acicalarlos. Ya no la distraían sus muñecos divinos, absorta como estaba en el culto de una divinidad nueva, tangible, que ella sentia agitarse en todo su sér.

Por la tarde, empezaba recién á preocuparse de su persona. Se adornaba con esmero, ensayaba sus tocados de diversas maneras, se convertía ella misma en ídolo de su culto, y no quedaba nunca satisfecha de su atavio, hasta que la arrancaba de aquella contemplacion el reloj que marcaba la única hora que en todo el día la preocupaba. A las ocho, indefectiblemente, entraba Alberto de visita. Cristina lo recibía embargada por la emocion, como algo que ella esperaba entre alegrías y zozobras, llena de inquietudes siempre por un minuto de retardo. La visita era para ella; nada más que para ella. Lo esperaba sentada en el balcon, teniendo á su lado la silla que él debía ocupar, sin darle tiempo más que para saludar á sus padres, con ese egoismo propio de los enamorados que quieren concentrar en sí hasta la mirada más indiferente.

Y allí, en el balcon, juntos los dos, hablaban sin cesar, siempre sobre el mismo tema, renovándolo sin interrupcion, preguntándose diez veces lo mismo que otras tantas se habian preguntado la noche anterior, y repitiendo mañana lo que hoy se habian dicho, con ese em-

pecinamiento egoista de la pasion, que nunca se cansa de hablar de sí misma.

Entretanto, las inquietudes del padre de Alberto aumentaban día á día. Evidentemente su hijo decaía de una manera visible. Aquel tinte de tristeza que reflejaba en su fisonomía un dolor interior, se acentuaba cada vez más, y hasta su carácter se transformaba. Apacible y condescendiente de costumbre, empezaba á manifestar ciertas irascibilidades desconocidas en él. La mínima contrariedad lo exasperaba, y si se le contradecía en cualquier punto, replicaba con exaltacion y descomedimiento. A las cariñosas insinuaciones de su padre, contestaba Alberto con sequedad, irritándolo más que nada los cuidados de que se veía rodeado. El bueno de don Rafael se pasaba las noches en vela, alarmado por la tos seca que entrecortaba el sueño de su hijo. Larga lucha tuvo que sostener con él el anciano para que se prestase á un reconocimiento médico, pero pudo más la constancia del padre, y al fin consintió Alberto en ser reconocido, protestando sin embargo que aquellos eran chocheos de viejo, que él nada tenia, y que se sentía mejor que nunca.

Poco satisfactorio debió ser el resultado de la consulta, pues Don Rafael redobló sus cuidados, y revistiéndose de energia le manifestó á Alberto que era necesario cuidarse, y obedecer las prescripciones dadas por los facultativos. Alberto sonrió, y continuó empeinado en que nada tenia, apesar de que día por día se acentuaban más en todo su organismo los sintomas de una enfermedad terrible.

Habia perdido el apetito, y todas las arterias de que Don Rafael se valia para alimentar á Alberto, se estrellaban en la caprichosa voluntad de éste, que parecia gozarse en desbaratar las cariñosas tretas con que el padre pretendia vencer sus resistencias.

Por último, como supremo recurso, decidió Don Rafael avistarse con los padres de Cristina, para ver si la influencia de ésta lograba lo que ni el cariño ni la autoridad paternal habian conseguido. Nada ocultó el anciano á los padres de la prometida de su hijo, y alarmados éstos con lo que oyeron, hicieron comparecer á Cristina, y velando hasta donde era prudente la verdad, le dieron claramente á entender que Alberto no estaba bien.

Para Cristina, aquella confidencia á medias, fué toda una revelacion. Ella se habia apercebido ya del decaimiento de Alberto, pero en el egoismo de su pasion, habia atribuido aquel cambio al amor que su prometido le tenia. Al caerle la venda de su alucinacion, quedó consternada, y encerrada en su alcoba se pasó todo el día llorando, llena el alma de funebres preságios.

Cuando Alberto fué por la noche, la encontró pálida y triste, sentada en un sofá de la sala. Estaba, contra la costumbre, sola, y Alberto desde la entrada comprendió que algo grave la preocupaba. Pero cuando supo la causa de su tristeza, cuando ella, con los ojos brillantes de lágrimas y el acento entrecortado por los sollozos, le pintó su afliccion y le rogó que se cuidase, él se echó á reír, y tomándole una mano con cariño, le dijo:

—Estas son las arterias de papá. El pobre viejo, no sabiendo ya de qué ocuparse, ha inventado esta enfermedad para mortificarme con sus cuidados. No seas aprensiva, y hablemos de lo que hablamos todas las noches. Te prohibo que vuelvas á tocar ese asunto que ya me tiene cargado.

—Pero, Alberto... insistió ella.

—Te repito que no me hables más de eso, dijo Alberto interrumpiéndola y con tono agriado.

Ambos quedaron callados. Aquella pequeña discusion habia coloreado el pálido semblante de Alberto, y respiraba aceleradamente, con la boca entreabierta, como si la exaltacion lo hubiese fatigado.

Cristina no se atrevía á mirarlo; lloraba silenciosamente, herida por el tono con que Alberto la habia hablado por primera vez, él, tan suave, tan cariñoso siempre con ella. Él mismo se apercebía de su injustificada exaltacion, y tomándole nuevamente la mano le dijo:

—Perdóname. Te he dicho no sé cuántas impertinencias sin saber lo que decía. Me tiene papá tan fastidiado con esto de que estoy enfermo, que cada vez que me hablan de ello me exalto. Créeme, Cristina,

que yo no tengo nada. Son cavilaciones de mi pobre viejo, que apenas toso, ya me cree grave.

Y sonriendo añadió:

—Yo padezco, sí, pero de otra dolencia que ya se ha hecho crónica, y contra la cual es impotente la ciencia.—¿No te atreves tú a curarme?

Cristina sonrió a su vez. Ella sabía bien a qué enfermedad se refería Alberto, y embriagada en las íntimas confidencias que su prometido le hacía, olvidó la triste escena con que había empezado la entrevista.

Salieron al balcón. Era una de esas noches templadas de Abril, una noche otoñal, quieta y clara. La luna, enorme y amarillenta, desbordaba por sobre las azoteas e iluminaba todo con una claridad pálida, euuelta en brumas diáfanas. Desde el balcón en que Alberto y Cristina estaban reclinados, se veía el puerto, custodiado por el Cerro que se levantaba con su silueta negra, relampagueando periódicamente los destellos de su faro, como el ojo ciclopeo de un gigante mitológico.

Toda la ciudad empezaba a surgir de la penumbra, con sus azoteas escalonadas, como las graderías de un circo inmenso, descendiendo hacia la Aguada, y ascendiendo hasta acercarse a las torres de la Matriz, cuyas cúpulas se bruñían con lustre de plata, retratando en sus azulejos rayos de luna que se desmenuzaban en hebras de luz.

Cristina, con la mirada perdida entre aquellas vagas claridades, soñaba en el porvenir de dicha que Alberto le pintaba con cierta exaltación febril, como queriendo convencerse a sí mismo de que todo aquello se había de realizar. No se explicaba las dilaciones que oponía la familia de su novia a la consumación de su dicha. A los argumentos que Cristina aducía para justificar el proceder de sus padres, replicaba él con vehemencia, protestando contra esas preocupaciones sociales que imponen al amor un noviciado inútil y hasta ridículo, que solo servía de tema para las hablillas de la gente. Desde que se querían, no había para qué retardar lo que mañana podría realizarse, y sobre esto insistía con calor, como si temiese que la fatalidad se interpusiese a sus deseos.

Alberto calló, fatigado por la exaltación en que lo ponía aquella contrariedad que él pretendía salvar allanando todas las preocupaciones que según él eran el único obstáculo que retardaba su felicidad.

La noche refrescaba, y dos o tres veces sufrió Alberto fuertes ataques de tos que despertaron las adormecidas inquietudes de Cristina. Empeñóse con él en que se retirase del balcón, prestando que ella misma no se sentía bien, pero Alberto no cedió, diciendo:

—¿Vuelves otra vez con tus aprensiones? Ya te he dicho que no tengo nada. Sería hasta de mal gusto encerrarnos en la sala, cuando podemos disfrutar desde aquí del magnífico panorama que tenemos delante.

Efectivamente, el paisaje que desde el balcón se divisaba era espléndido. La luna, despojada ya de los tules de brumas que la envolvían, brillaba como un escudo bruñido en el fondo negro-azulado del cielo, y bordaba el manto del mar con lentejuelas de plata. Las arboledas de las quintas, surjian como moles negruzcas, entre las que se destacaban los pretiles de las casas y las agujas que coronan los palacetes del Paso del Molino. Los cristales de los miradores reverberaban con resplandores de espejos, y las lagunas de la playa, miradas desde aquella altura, semejaban enormes planchas de acero pulido en cuya superficie la luna trazaba rielos plateados. Los ruidos de la ciudad se apagaban poco a poco, haciéndose sentir en el silencio, como truenos lejanos, el rodar de los carruajes.

Alberto contemplaba todo aquello como en un éxtasis, y miraba de cuando en cuando a Cristina, que se había sentado en una silla, y apoyado el codo en la baranda del balcón, permanecía con la cabeza inclinada, descansando en la palma de su mano blanca y afilada, cuyos dedos resaltaban sobre la mata negra de sus cabellos.

Todas sus inquietudes habían renicido, y sin atreverse a contrariar nuevamente a Alberto, lloraba silenciosamente, ocultando sus ojos para evitar nuevas explicaciones que hubieran provocado la irascibilidad que su novio mostraba cada vez que se le recordaba su enfermedad.

Así corrió otro mes, durante el cual se abundaron las huellas que una dolencia terrible trazaba en el organismo de Alberto Conde. Todas

las ilusiones que en su acendrado cariño paternal se creaba don Rafael para engañarse a sí mismo, se desvanecían ante la realidad de los progresos visibles del mal. Alberto había cambiado notablemente. La palidez mate de su rostro había tomado un tinte amarillento; los ojos empañados y circuidos de una sombra azulada, parecían enterrados en dos agujeros profundos; los labios, secos y anémicos, los tenía constantemente entreabiertos, y su respiración era siempre acelerada y anhelosa.

Su carácter se agriaba también por días. Había cortado toda relación con sus amigos, y ni se tomaba la molestia de ocultar su fastidio a Carlos Centeno que asiduamente estaba a su lado pretendiendo distraerlo. El pobre don Rafael era la víctima de todas las irascibilidades de Alberto. No le hablaba, y cuando lo hacía, era solo para recriminarlo por todo: por la comida, que no le gustaba; por los remedios, que consideraba inútiles; por los cuidados que con él se tomaba como si fuera un niño. Bastaba que don Rafael le advirtiese que el aire estaba frío, para que Alberto saliese sin abrigo. Si se le hacía presente que el cigarro le era perjudicial, fumaba sin descanso. Alberto era el espíritu de contradicción constante: lo que para todos era blanco, era negro para él, y lo discutía con calor, y se exaltaba, y llegaba hasta los términos agrios cuando se le replicaba.

Solo al lado de Cristina se suavizaba, porque solo ella era la que lo complacía en todo y asentía a todas sus opiniones. Era la única que sabía engañar la terquedad del enfermo. Se fingía débil para que Alberto la instase a robustecerse, y la acompañase a alimentarse. Había conseguido que su prometido comiese tres veces por semana en su casa, so pretexto de que él se cerciorase de que ella le obedecía, y a fuerza de arrumacos y coquetuerías que ella inventaba, lograba engañarlo.

Alberto se había convertido en un niño caprichoso a quien era necesario reducir a lo razonable por medio de arterias y distracciones. Viendo que lo que más lo molestaba era el que se le hablase de su enfermedad, resolvió don Rafael, de acuerdo con los padres de Cristina, no hacer ninguna referencia a su estado. Entonces Alberto tomó por tema de sus recriminaciones el poco caso que de él hacían. Nadie se preocupaba de él, apesar de constarle a todos que estaba enfermo. Don Rafael soportaba con santa resignación aquellas injusticias, y esa misma resignación exasperaba más a Alberto, que se la enrostraba como indiferencia para con él.

—Pero hijo, solía decirle el buen padre, ¿a qué he de molestarte cuando tú estás bien?

—¿Bien? replicaba Alberto exaltado; se conoce que Vd. no se preocupa mucho de mí, que me paso las noches en claro tosiendo sin descanso.

—Pero entonces, hijo, sigue las prescripciones que te han indicado los médicos; toma los remedios, aliméntate, abrigate.....

—¿Qué entienden los médicos? Si fuera a hacerles caso no tendría un momento de reposo. Lo que V. debería hacer sería hablar formalmente con los padres de Cristina para que se dejen de ridiculeces, y consientan en que nos casemos en este mes. Yo me iría al campo con ella y allí me restablecería de esta molestia que tengo. No necesito más remedio que el campo; estoy seguro de que en quince días me pongo bueno.

—Pero la estación está ya muy avanzada, objetaba don Rafael, y luego, casarte en el estado delicado en que estás no me parece bien. Vas a condenar a esa pobre niña a ser tu enfermera.... No, hijo, vale más que te atiendas y cuando te mejores....

Alberto no contestaba a esas juiciosas observaciones de don Rafael. Cortaba la conversación y se retiraba, protestando contra todos, que parecían conjurados para contrariarlo. Vivía durante el día en una constante irritación, y por la noche se desahogaba con Cristina, confiándole todas sus contrariedades, que ella escuchaba con interés asintiendo a todo, y fingiendo compartir todos sus disgustos.

Cuando Alberto se separaba de su lado, Cristina se retiraba a su habitación y lloraba amargamente, como si su alma presintiese un golpe fatal. Sin querer darse cuenta de la realidad, que ella trataba de ocultarse a sí propia forjándose mentidas ilusiones, Cristina adivinaba que sobre su cabeza se cernía una tormenta horrible, algo que ella no se

atrevia à precisar, y que sin embargo entreveia como una vision fatídica. Aquella idea la embargaba por completo, y entregada à ella vivia como secuestrada dentro de su propia casa, aislada de su familia, evitando la intimidad de sus amigas, enterrada en su egoismo que no le permitia mas que pensar en Alberto.

Cristina tambien habla desmejorado. Ya no era aquella niña graciosamente contorneada y de rostro risueño que Alberto habia visto por primera vez frente à la Matriz. Su cuerpo se habia adelgazado visiblemente, y su rostro, afilado y pálido, dibujaba huellas de una profunda tristeza. Poco à poco habia ido abandonando los atavios con que àntes se adornaba para recibir à su novia. Sus vestidos eran lisos y oscuros, y sus tocados de una severidad monjil. Solo salia à la calle los Domingos, al toque de alba, y se dirijia à la capilla de las Hermanas de Caridad donde oia misa, y regresaba en seguida à su casa por las calles más solitarias.

En vano porflaba Alberto por que saliese à paseo. Ella se resistia siempre pretestando que no se encontraba bien, ò disculpándose con las tareas que el arreglo de su ajuar le imponia, que era el motivo que mejor aceptaba Alberto, como que su premura por casarse aumentaba en razon directa de los progresos de su enfermedad.

Con motivo del cumpleaños de Cristina, se organizò en su casa una fiesta de familia, que los padres trataron de hacerlo mas amena posible para distraer à la niña de la preocupacion en que vivia. Hablan de comer con ella todas sus parientas y amigas, y se invitaron à algunos amigos de la casa.

Para Alberto y Cristina, marcaba aquella fecha no solo un aeontecimiento de familia, sino algo más intimo para los dos. Hacía precisamente tres meses que se habian conocido, y como todos los enamorados, encontraban motivo en aquella coincidencia para forjarse nuevas ilusiones, que son como la savia que entretiene y nutre al amor.

Llegò por fin el dia. Era el 5 de Junio, dia triste, envuelto en nieblas grises. La casa de los Peña estaba en movimiento desde las primeras horas de la mañana, preparando todo para la fiesta que debia concluir con una tertulia, sorpresa que los padres de Cristina le reservaban, como ofreciéndole ocasion de que presentase à la sociedad à su prometido.

Cristina permanecia indiferente à la agitacion que en su casa reinaba. Sin poder explicárselo ella misma, estaba más triste que de costumbre, y ni los cariños de sus amigas ni los regalos que profusamente le llegaban, lograban sacarla de su retraimiento. A las cinco de la tarde llegó Alberto acompañado de su padre, y media hora despues se sentaban todos los invitados, en número de veinte, à la mesa que presidia con visible satisfaccion la señora de Peña, teniendo à su derecha à don Rafael, y à su izquierda à Cristina, que tenia del otro lado à Alberto.

La comida fuè animada y alegre. Don Rafael, con su buena pasta, habia resucitado las bromas de su tiempo, y hasta el mismo Alberto las festejaba, riendo con Carlos Centeno, à quien tenia enfrente, de las antiguallas *del viejo*. Motivo tenia el buen anciano para estar contento y decidir. Hacía tiempo que no veia à Alberto tan animado, y hasta llegó à creer que la enfermedad era más impaciencia por casarse que otra cosa. Efectivamente, Alberto estaba desconocido, tenia el rostro encendido, hablaba con vivacidad y se reia de muy buena gana.

Solo Cristina parecia inquieta con aquella desusada animacion. Miraba à Alberto atentamente, y al notar el color encendido de sus mejillas, y la brillantez de su mirada, se entristeciò más aún, à punto de que Alberto lo echò de ver, y hablándole al oido le dijo:

—No pongas esa cara, porque los convidados van à creer que te fastidia estar à mi lado.

—Lo que me tiene inquieta, es precisamente tu agitacion, Alberto. Nunca te he visto así.

Alberto lo echò à la broma, y continuò hablando con exaltacion, riendo con Centeno de los chistes de don Rafael, que satisfecho al ver la alegria de su hijo, agotaba todo el repertorio de sus buenos tiempos.

A los postres, la animacion se hizo más ruidosa. Estaban todos contagiados del buen humor que manifestaban los mayores, y se reian con franqueza. Un golpe de tos cortò una sonora carcajada de Alberto,

se llevó el pañuelo à la boea tratando de contener el acceso, y de pronto palideciò, inclinò la cabeza, y resbalando por la silla, cayò à los piès de Cristina.

Quando lo levantaron, pálido, con los cabellos pegados à la frente empapada en un sudor helado, notaron todos con terror una mancha de sangre sobre la blanca pechera de su camisa!

FIN DEL CUADRO TERCERO

## INVIERNO

FRA en Junio. Las tardes en el cielo  
Poca vida tenian...  
La luz crepuscular, como un gorgojo,  
En semifusas ráudas se extinguia.

Los harapos de nieblas, como heraldos  
De la noche caian,  
Y en las torres, pretilos y balcones  
Como paños de luto se prendian....

En esa hora sin color ni sombra,  
En esa hora mùstia, indefinida,  
Intermedio de amor en que la noche  
Se abraza con el dia,

Solitaria la calle de su casa,  
Como senda de ermita,  
Sin siluetas, sin ruidos y sin ecos,  
Así permanecia...

Solo ella tras los vidrios reclinada,  
Envuelta con su chal de muselina,  
Semejaba una estàtua, quieto el seno  
É inmòvil la pupila....

Enfrente estaba yo. Y así pasàbamos,  
Hasta que nuevamente rebullia  
La ciudad por la noche. En aquel tiempo,  
Con sin igual locura me queria!

Mas pasò aquel invierno, y con sus flores  
Sus cantos y sus brisas  
Volviò la primavera, y de las tardes  
Fuè mas larga la vida.

Y en la acera de enfrente me paraba  
Ansioso todavia,  
Y las gentes tomàbanme por loco,  
Mientras yo de las gentes me reia...

Pero allà, tras los vidrios, reclinada,  
Envuelta con su chal de muselina,  
Ella, no estaba ya. ¡Todo su afecto  
Muriò con la humedad y la neblina!...

Porquè?... Por caprichosa! En el invierno  
Quando flores no habia,  
Las cultivò n su pechoy en mi alma  
Dejó caer semillas....

Mas cuando el prado henchido de perfumes,  
Nadaba entre matices y armonias,  
Y ricas de recuerdos de otras tierras  
Llegaban las viajeras golondrinas...

Por el prurito de llevar la contra  
Hasta à su misma dicha,  
Las hizo marchitar y ahogò su llanto,  
Con histèrica risa...

Y aún se ríe y parece que es dichosa!  
¡Mientras que á mí, la angustia me asesina! ....  
Mas, no doy una gota de mi llanto  
¡Por toda su alegría! ....

RAFAEL FRAGUEIRO.

## NOCTURNO

**P**IOS! á quien adoro  
Y á quien adora ella,  
Tú que los secretos  
Del alma penetras  
Dime: cuando sola  
Se halla, y léjos de ella  
Triste y abatido  
Me encuentro ¿qué piensa?

Cuando sus cuidados  
El insomnio acecha,  
Llenando sus horas  
De inquietud inmensa;  
Cuando llama en vano  
Con profunda pena,  
¿Qué nombre pronuncia?  
¿Qué amor la desvela?

Cuando el blando sueño  
Sus párpados cierra  
Y en dulce abandono  
Reposa ¿qué sueña?  
Sus brazos caídos  
¿Qué estrechar anhelan  
Cuando de su lecho  
Desmayados cuelgan?

Cuando en la penumbra  
De la aurora, envuelta,  
Vuelve perezosa  
Su linda cabeza;  
Cuando se entreatren  
Sus pestañas negras,  
Su primer sonrisa  
¿Qué vision despierta?

Cuando la plegaria,  
Como su alma, ingénuas,  
De sus rojos lábios  
Mas pura se eleva;  
Cuando sus anhelos  
Hasta tus piés llegan,  
¿Qué gracia te pide  
Dios mio? ¿qué ruega?

¡Oh Dios! si mis días  
De amarga tristeza  
Te apiadan, acóje  
Mi humilde querella:  
No busco la sombra  
De vanas grandezas,  
Haz que alcance un solo  
Pensamiento de ella!

AUGUSTO V. SERRALTA.

Montevideo, 1.º de Setiembre de 1883.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 4

### PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas

T 5 R (jaque)  
D 4 A (jaque)  
C 6 CR (mate).

Negras

R toma T  
R toma D

*Observacion*—Si R no toma D en el segundo movimiento y vuelve á la casilla 4 D la D dá mate en dos jugadas ocupando la casilla 5 R.

*Otra observacion*— El problema ha sido mal planteado porque se presta á dos soluciones completamente distintas.

La mente del problemista ha sido darle la solucion que antecede, pero tambien tiene esta otra:

Blancas

D 5 CR (jaque)  
D toma D (jaque)  
D 5 R (mate)

Negras

D 4 AR  
R 3 D

Ambas soluciones fueron enviadas por C. M.—La primera por El Duende y Rocambole y Rocambolito; y la segunda por Eduardin, Ed Loedel, y Un Aspirante á Presidente.

### CHARADAS

1.ª *Sorpresa*—2.ª *Partitura*—3.ª *Vegetal*

No recibimos ninguna solucion de la primera—La segunda fué resuelta por Anton Perulero, Una floridense, Perulin y Pipo, Moniato, y Fourques—La tercera lo fué por Un Aspirante á Presidente y Alpha

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*Imprenta* — *Cáustico* — *Plétora* — *Acústica*

Las cuatro fueron resueltas por Alpha. Las tres primeras por Rocambole y Rocambolito, y Una floridense. La primera solamente por un Aspirante á Presidente y Perulin y Pipo. Moniato descifró la segunda y cuarta.

### FUGA DE VOCALES

*Oigo en mi canto el lánguido murmullo*  
*Del aura que los árboles menean*  
*De la tórtola triste el ronco arrullo*  
*Y la sonora lluvia que gotea.*

Resuelta por un Aspirante á Presidente, Anton Perulero, Una floridense, Rocambole y Rocambolito, Alpha, Viguela, Perulin y Pipo, Saturno, Un empleado, Moniato, y Fourques.

### FUGA DE CONSONANTES

*Por ti el delirio del honor se adora*  
*Por ti el hinchado mar hiende el marino*  
*Por ti en su gruta el penitente llora*  
*Y empuña su bordon el peregrino.*

Fué resuelta por Un Aspirante á Presidente, Rocambole y Rocambolito, y Fourques.

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Por ti vencida se incendió á Corinto*  
*Por ti la sangre en Maraton orean*  
*Por ti una noche con aliento estinto*  
*Tumba Leonidas demandó á Platea.*

Fué resuelta por los mismos, más Alpha.

### SALTO DE CABALLO N. 2

*Los ojos de la que adoro*  
*Son para mi como el sol;*

*Si están lejos tengo frío,  
Si cerca, me dan calor.  
Si me miran siento fuego;  
Y profundo malestar  
Sentiría si mi amada  
Me dejara de mirar.*

Enviaron la solución Un Aspirante a Presidente, Anton Perulero, Rocambole y Rocambolito, Una floridense, Alpha, Corbin, Un telefonista, Un empleado, Moniato, y Perulin y Pipo.

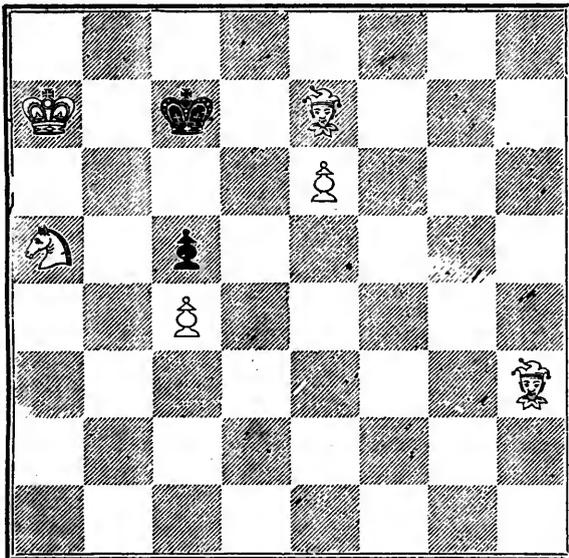
**GEROGLÍFICO**

*Otra sería la suerte de este pueblo si todos sus santos fuesen de palo.*

La solución exacta fue enviada por S. D. Pintos, Un empleado y Moniato.—Alpha envió esta: *Otra sería la suerte de este pueblo si todos unidos lo fuesen e independientes.*—Lo mas curioso en esta solución es que se haya tomado el palo como signo de independencia.

Hacemos saber a Rocambole y Rocambolito que aceptamos su ofrecimiento y que por consiguiente pueden mandar los juegos que proponen.

**Problema de Ajedrez por Un aficionado  
NEGRAS**



**BLANCAS**

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

**CHARADAS**

Mi *primera* es hermosa,  
Tú lo sabes, mujer, y yo lo siento,  
Por ella mi *segunda*  
Sufre ansiosa de amor en el tormento.  
*Primera* es de mi vida la esperanza  
Tras la que sigo loco,  
Mas ay! para alcanzar su bienandanza  
Mi *segunda* es muy poco.  
En ser el *todo* cifro mi ventura  
Y si testigos quiéres, venga el cura.

OTRA

La *segunda* y la *primera*  
Defecto superficial  
Que todas las que lo tienen  
Tratan siempre de borrar.  
Si a la *tercera* le agregas  
Una letra no vocal,  
Una enfermedad resulta  
Que bien puede ser mortal.

Nunca juzgues a ninguno  
Por lo que dice el *total*;  
Que en casi todos los casos  
Oculta la realidad.

OTRA

Si a *dos* y *prima* me caigo  
A no dudar quedo allí,  
*Tercia* y *cuarta* es voz marina  
Que oigo siempre repetir.  
Y en mi *todo* con constancia  
Buenos pesos conseguí.

**FUGA DE VOCALES**

C.mpl.—l—p.t.—s.—m.s.—n—b.nd.t.  
C..n.o.—n—str.f.s.—nspr.d.s.—c.nt.  
l—m.r,—q.—h.st.—l—c.l.—l.—l.v.nt.  
l—d.l.r,—q.—s.—lm.—r.d.—g.t.,

**FUGA DE CONSONANTES**

a.—u.a,—ue—e—o...a—y—e.i.i.a,  
a—i.u.io,—ue—e—a.ie.a—y—ue—e—e.a.a.a,  
E.—e.e.a.o,—a—e.e.a.a—a.a.a,  
ua..o—e.—u—e.—e.i.i.ua.—a.i.a?

**FUGA DE UNA LETRA SI Y OTRA NO**

.u.n.o.—n—i.n.s.—r.u.f.n.e.—a.r.b.t.,  
E.—s.n.i.i.n.o.—o.u.a.—d.m.n.,  
D.l.—a.r.o.i.m.—l.—p.s.o.—d.s.t.,  
E.—b.e.—s.n.i.n.—l.—m.l.a.—f.l.i.a,  
l.a.—l—s.l.v.—y—l—i.a.o.—a.a,  
.u.p.e.—l—o.t.—s.—m.s.o.—d.v.n.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

ZORBENGEL—ISTAPOAR—EBRABEG—ASENGIL

**SALTO DE CABALLO N.º 3.**

me	de	ca	Una	di	chi	La	de
som	no	ren	to!	fres	tar	de	mar
un	Y	bra	som	rien	Que	de	jos
mi	la	so	bus	ve	dol	ro	can
mu	ár	ba	ta	bra	qué	lé	En l
ca	ca	ger,	de	muy	ra	san	pe
bol.	te,	de	lo,	llé	Tú	mi	no
mi	bus	Ha	fuis	tad	So	lo:	cio.

**GEROGLÍFICO NÚMERO 5**

